DÍAS DE LUNA

❖ ❖ ❖

microrrelatos • cuentos • poemas

DÍAS DE LUNA

❖ ❖ ❖

microrrelatos • cuentos • poemas

❖ ❖

ALICIA MENÉNDEZ
CAROLINA CASTAÑEDA
FERNANDO SOLER
GERMÁN VAYÓN
INMACULADA MARTÍN
ISMAEL F. CABEZA
LUIS JAVIER ROMERO LÓPEZ
MARILUZ CHACÓN
PILAR MÁRQUEZ
SUSANA CORROTO
VICTOR L. BRIONES

❖

el pececillo de plata

Días de luna: *Microrrelatos. Cuentos. Poemas*

Alicia Menéndez, Carolina Castañeda, Fernando Soler, Germán Vayón, Inmaculada Martín, Ismael F. Cabeza, Luis Javier Romero López, Mariluz Chacón, Pilar Márquez, Susana Corroto, Víctor L. Briones

Editado por:
PUNTO ROJO LIBROS, S.L.
Cuesta del Rosario, 8
Sevilla 41004
España
902.918.997
info@puntorojolibros.com

Impreso en España
ISBN: 978-84-15761-22-8
Depósito Legal: SE 4889-2012

Diseño de cubiertas y maquetación:
© Luis Javier Romero López
ljromerolopez@gmail.com

Producción: Punto Rojo Libros
© 2012 Alicia Menéndez, Carolina Castañeda, Fernando Soler, Germán Vayón, Inmaculada Martín, Ismael F. Cabeza, Luis Javier Romero López, Mariluz Chacón, Pilar Márquez, Susana Corroto, Víctor L. Briones
© 2012 Punto Rojo Libros, de esta edición

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización por escrito de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas por las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de esta edición mediante alquiler o préstamos públicos.

Índice

Prólogo 11

ALICIA MENÉNDEZ 17
CAROLINA CASTAÑEDA 41
FERNANDO SOLER 55
GERMÁN VAYÓN 75
INMACULADA MARTÍN 107
ISMAEL F. CABEZA 133
LUIS JAVIER ROMERO LÓPEZ 157
MARILUZ CHACÓN 181
PILAR MÁRQUEZ 203
SUSANA CORROTO 217
VÍCTOR L. BRIONES 233

PRÓLOGO

Las vetas de barniz de mi escritorio se reúnen aquí y allí en desiguales círculos concéntricos. Esas caprichosas figuras me recuerdan a un campo de minas. Es un campo de minas cualquier tarea solitaria en la que uno se enfrenta a sus pensamientos. Un escritor es alguien que ha sobrevivido a esa experiencia. Impartir clases en un taller de escritura es sólo levantar testimonio de ella. Porque es imposible enseñar a escribir, y el mismo autor que ha fijado estas palabras sobre el papel ignora si podrá seguir haciéndolo a la vuelta de este párrafo.

Escribir es caminar a ciegas. Basta con encadenar frases. Primero una. Luego otra. Así, dejándose sorprender un poco. No hay una fórmula mágica ni un manual de instrucciones. No hay una sola forma de hacerlo sino tantas como escritores. No hay modo de saber si el camino elegido es el correcto. Como en la vida, sospecho. Conviene acaso recordar que nada está escrito en mármol, que escribir es sobre todo corregir, que el edificio donde vivimos no se erigió en un día. Borges dijo que los libros nunca se terminan, lo que uno hace es abandonarlos. Me pregunto de dónde sacamos tanta paciencia. No sé

si la vida nos agrada tanto como para dilapidarla en contarla o estamos desesperados.

Me temo que en la docena de talleres de escritura que he tenido la osadía de dirigir en los últimos años, de Chipiona a Pino Montano, como un feriante que pasea su único truco por las plazas de esta piel de toro, lo único que he logrado transmitir es el entusiasmo por un oficio que no tiene otro secreto que el esfuerzo. En un mundo que se ha desprendido de todas las máscaras, abrasado en el altar del mercado, la literatura tiene más sentido que nunca. Es un tópico afirmar que el pensamiento es nuestro último reducto de libertad. Pero ésa es otra de mis argumentaciones permanentes: como escritores tenemos la obligación de ser libres. Libres y críticos. Debemos escribir sin pudor. Debemos hacerlo desde la experiencia. Hablar de lo que nos conmueve, nos emociona y nos duele es la única forma de llegar a otros. Un hombre es una gran caja de resonancia de todos los hombres. Todos somos como ese condado de Yoknapatawpha al que Faulkner reducía el universo.

Si quien lo imparte se declara incapaz de enseñar a escribir, ¿qué utilidad tiene un taller de escritura? Creo que saber que estamos solos en ese proceso es haber aprendido ya una lección fundamental. No hay título universitario o máster de escritura, en

Nueva York o Pekín, que nos avale como escritores. Ni siquiera escribir un poema o un libro memorable garantiza que volvamos a hacerlo. La vida de los escritores resulta cómica en su fragilidad. Es difícil discernir si fue antes la neurosis o la afición a escribir, si la escritura es el refugio de una moderada locura o ésta es una consecuencia del encierro y la soledad imprescindibles en el trabajo creativo, pero es indudable que entre los escritores abundan los grandes neuróticos. No imagino la obra de Kafka, Proust o Pessoa al margen de sus sufrimientos. Así que quiero creer que mis talleres han servido al menos para reunir a unas cuantas personas que compartían la honorable afición de contar historias. Jóvenes escritores de todas las edades que podían mirarse a la cara y compartir sus ilusiones, inquietudes y dudas. Ya que animo a escribir sin pudor, me atrevo a confesar que, en no pocas ocasiones, he sentido algo parecido a la envidia ante el entusiasmo de la mayoría de ellos por la literatura. Alguna vez yo fui un adolescente tan ávido de experiencias literarias como los que he visto pasar por mis talleres. No estoy seguro de que, en mi caso, ese fervor no se haya desgastado con los años.

Una cosa sí tengo clara: los talleres de escritura me han dado mucho más de lo que yo he aportado a quienes han asistido a ellos. ¡Cuánta generosidad! ¡Cuánta paciencia! ¡Cuánta bondad! No sé si tendré

oportunidad de escribir otro prólogo como éste, así que sería ruin por mi parte no dedicar unas líneas al capítulo de los agradecimientos. *Días de luna* surge de la sexta edición del taller de escritura de la Biblioteca Pública Infanta Elena de Sevilla. O para ser más precisos y justos, surge de la experiencia posterior del grupo de lectores y escritores que se formó después de que el taller terminara en diciembre del año 2010. Bibliotecarias como Pilar Bares o Carmen Cárdenas hicieron posible este sueño mientras duró. Nunca se valorará lo suficiente el trabajo de estos funcionarios, la pasión por su trabajo y sus malabarismos con el presupuesto para hacer de la biblioteca un espacio abierto y lleno de actividades culturales. Ahora que la crisis económica lo ha arrasado todo, esta labor no debería olvidarse.

Y poco más. Sólo añadir que, pese a todas sus insuficiencias, pese a todas sus limitaciones, maravillosas iniciativas como las de este libro hacen que me sienta orgulloso de mis modestos talleres. Ojalá haya asentado en ellos alguna vocación incipiente. Ojalá alguno de mis peregrinos consejos haya servido a alguien. Ojalá, al menos, no haya espantado a nadie de la literatura con mi acreditado pesimismo. Algunos de los textos aquí reunidos surgieron de nuestro taller de escritura. Otros, la mayoría, se han escrito después. Me siento feliz de haber reunido a unas pocas personas, como los queridos autores de estos

relatos y poemas, en torno a la literatura. Hombres y mujeres que leen, escriben y respiran por su cuenta, pero que se encontraron por primera vez en una de nuestras reuniones en la biblioteca. A todos ellos, de la primera a la última edición del taller, con cierto sabor a despedida, quiero manifestar mi eterno agradecimiento.

JAVIER MIJE

ALICIA MENÉNDEZ

Intercambio

La observaba desde mi casa. Cada tarde se sentaba en su terraza, sujetaba una taza de café con las dos manos, y recibía con los ojos cerrados el suave sol de otoño en la cara. Después leía hasta que el sol dejaba de iluminar las páginas.

Una tarde coincidimos en la farmacia y nos miramos furtivamente. La joven farmacéutica se confundió al darnos el cambio y con una risa nerviosa se excusó. La mañana lluviosa en que volvimos a encontrarnos en la panadería le conté mi obsesión y, para mi gran sorpresa, no le pareció una locura. Estaba dispuesta a entrar en el juego.

Había visto muchas veces a mi familia pasar hacia el parque con la cocker. Se había fijado en Ari porque era idéntica a un perro que había tenido de pequeña. Empezamos a pasearla juntas por las mañanas, después de dejar a los niños en el colegio, para discutir la estrategia. Nuestro parecido era asombroso, como hermanas gemelas. Me dio las llaves de su apartamento y empezó a sustituirme un martes, para entrar de lleno en la rutina familiar. Nadie notó nada. Gonzalo y Bea hicieron sus deberes, cenaron protestando por las espinacas y se acostaron. Alberto le dio el beso distraído de llegada, picaron algo ante la tele y empezó a roncar nada más poner la cabeza en la almohada. Superado el fin de semana, nos vimos el lunes en el parque. Ari me olió las piernas pero no manifestó ninguna emoción especial. Elsa estaba radiante, por fin tenía una familia. Ahora soy yo la que tomo café dejándome acariciar por el sol y los miro con envidia.

La tía Pacita

La tía Pacita se quedó para vestir santos. Y los vestía tan bien que sus paisanas asistían cada año a la procesión de la Santísima Virgen de la Soledad y su Divino Hijo para dejarse sorprender por su habilidad para mostrar relucientes unas imágenes y unos ornamentos que hasta su llegada a la rectoral acumulaban estratos de polvo. Este año se comentaba la

gracia con que caían los pliegues del manto de la virgen y lo lucida que resultaba la nívea mantilla de chantilly en torno a su cara doliente. Su vecina Vicenta se fijaba más en las joyas. Le dijo que la colocación de los enormes broches de esmeraldas en forma de triángulo sobre el pecho de la virgen, había sido un acierto. Pacita sonreía con los ojos brillantes y sentía menos el dolor de la pierna, que no le había dejado dormir en toda la noche.

Cuando la virgen regresó a su hornacina y le retocó los desajustes producidos por la euforia histérica del traslado por el pueblo, apagó las luces de la iglesia. Cerró la puerta, cuyos goznes chirriantes parecían pedir un poco de aceite y guardó la llave en el bolsillo derecho de la chaqueta. Al llegar a la cocina la colgó en su alcayata junto a la repisa de San Pancracio. Hoy no le había puesto perejil nuevo, así es que aprovechó para quitar las hojas secas y cambiar el agua.

D. Benito aún no había llegado. Después de la misa solía ir un rato a la taberna para tratar de evangelizar a los que no habían ido a la iglesia. Pero no parecía tener mucho éxito, porque en su parroquia las mujeres eran las únicas que mantenían cierta fidelidad a los actos de culto. Los hombres, si alguna vez las acompañaban, solían quedarse en el atrio fumando un cigarro. Ni siquiera entraban en las bo-

das y bautizos. Sólo en algunos funerales, dependiendo del grado de relación con el finado.

Pacita sacó el mantel blanco del cajón de la mesa de la cocina y colocó con primor, como llevaba haciéndolo desde los 25 años, los cubiertos, los platos, el vaso y la servilleta de D. Benito. Tenía la comida hecha, así es que se sentó a escuchar la radio, que a esa hora llenaba de noticias trágicas la cocina. Pronto llegó el cura y, como era su costumbre, comió en silencio y rápido y se fue a su despacho a leer el periódico local. Después comió ella, poco y despacio, dando varias vueltas a la menestra en el plato antes de cargar el tenedor. No probó el arroz con leche. Recogió rápidamente la cocina y subió a su habitación a descansar un rato. La pierna izquierda estaba muy hinchada y le dolía la rodilla.

A pesar de estar cansada, no conseguía dormir. Así es que sacó su cuaderno de pastas verdes y decidió escribir una nueva carta a su madre, a sabiendas de que nunca obtendría respuesta. Pasó hojas y hojas manuscritas con su letra irregular y faltas de ortografía que delataban sus pocos años de escuela. A veces se paraba a leer una palabra o una línea, acariciaba la rugosidad del papel producida por su presión al escribir y seguía hasta llegar a la primera página en blanco.

Querida madre, escribió. Mi cuerpo me recuerda a ti cada vez más. Se me han formado los mismos

pliegues en torno a los labios, los párpados casi ocultan aquellos ojos verdes que a Samuel tanto le gustaban, tengo las manos hinchadas, los tobillos son marca de la casa, sin rastro de la forma que tuvieron. Hasta el vello del pubis he perdido, como tú. Si alguien tuviera que lavarme ahora, como yo hice contigo, sentiría la misma repulsión que yo traté de ocultarte con palabras cariñosas mientras te dejabas hacer.

Pero yo no tengo una hija que me cuide. Espero que mis ahorros puedan comprarme una vejez digna. D. Benito ya es mayor y pienso que en breve se irá a la residencia de sacerdotes ancianos en la sierra. Yo también tendré que irme de esta casa rectoral.

Tu ausencia aún me duele tanto como me dolió tu presencia. Te sueño mirándome como la última vez, con ese cierto desprecio que guardabas para mí. Que yo fuera un error en tu vida me condenó para siempre. No te gustaba mi presencia de niña alegre, ni la joven insegura que se enamoró de Samuel nada más verlo. Nada hice a tu gusto, me prohibiste ser yo misma, me rompiste las cartas que él me escribía mientras esperaba tu aprobación, me convenciste de que el matrimonio era un error y que tú lo sabías bien por experiencia. Me mandaste a cuidar, provisionalmente, de Benito, D. Benito, el nuevo cura del pueblo. Qué mejor vida podía desear una joven de familia pobre como yo. Y pasaron los años. Samuel

se cansó de mi silencio, se fue a la ciudad y formó su familia. Yo aprendí a ser el ama de llaves del cura y te cuidé hasta tu muerte.

Ahora madre, ya soy casi como tú cuando te fuiste. He llevado la vida que tú quisiste para mí. ¿Dejarás, por fin, de mirarme con desprecio desde mis sueños? Quizá la próxima vez te sostendré la mirada, para que veas en mis ojos que aquella niña que nació por error sintió pequeñas chispas de felicidad cuando se hacía la dormida para que tú la llevaras en brazos a la cama. Te dejo, madre, me llaman.

Pacita cerró el cuaderno. Lo guardó bajo los manteles de hilo bordados que nunca llegó a estrenar y bajó las escaleras despacio, poniendo los dos pies en cada escalón. Habían llamado al timbre. Era Vicenta que venía a ayudarle a recoger los jarrones y candelabros de plata de la iglesia y a barrer los pétalos del suelo antes de que se pudrieran y mancharan la tarima recién barnizada.

De vuelta a casa al anochecer, sintió que unos pasos firmes se acercaban por detrás, se volvió pensando que sería su vecino Leopoldo, que siempre andaba con prisas. Sólo alcanzó a ver que era alguien alto, muy joven, quizá un forastero o quizá uno de los muchachos del pueblo que estudiaban fuera. Sin pronunciar una sola palabra extendió el brazo derecho y metió un sobre en la bolsa de plástico casi lle-

na de trapos sucios que colgaba del brazo izquierdo de Pacita.

Se quedó muda mientras lo veía alejarse a grandes zancadas y desaparecer en dirección a la taberna. Cuando llegó a la cocina las manos le temblaban y no acertaba con la alcayata para dejar la llave. Puso los trapos en el balde de zinc y buscó las gafas para comprobar que la carta era para D. Benito. Cuando vio su propio nombre en el sobre, escrito con letras negras mayúsculas de trazo grueso, sintió una corriente de fuego que le subía a las mejillas y un retumbar desconocido en el pecho.

D. Benito debía estar a punto de llegar para la cena. Sin pensar, envolvió la carta en la bolsa de plástico y la metió entre la ropa limpia y doblada que siempre dejaba en el primer escalón hasta que la subida a las habitaciones fuera totalmente imprescindible.

Cenaron por turnos y en silencio. D. Benito se quedó en la cocina escuchando las noticias de la radio. Pacita subió despacio las escaleras con la pila de ropa que apretaba contra su pecho y que parecía caliente. Encendió su pequeño transistor buscando complicidad en el ruido, distribuyó cada prenda de ropa en su sitio y cerró la puerta.

Cogió la carta y se sentó en el sillón, junto a la ventana, desde donde podía tocar las ramas de la higuera que había visto crecer. Volvió a leer su

nombre, le dio varias vueltas para comprobar, de nuevo, que no tenía remitente ni identificación alguna. Nada. Era un sobre viejo, algo sucio y arrugado, sin sellos, solo tenía un nombre, el suyo.

Dudó si abrirlo o dejarlo así para encender con él la cocina de leña al día siguiente, ignorando su contenido. Tenía miedo, nunca le había sucedido nada parecido. Pero tenía claro que no quería compartir ese secreto con nadie, ni con su amiga Vicenta, que era tan buena y tan cariñosa.

Por fin cogió su tijera de la costura y rasgó con cuidado el sobre. Dentro había una hoja de cuaderno escolar cuadriculada doblada por la mitad y con el texto hacia dentro. La abrió y sintió un escalofrío, la caligrafía le era vagamente familiar. Letras grandes, trazos rectos como velas encendidas, mayúsculas picudas, algunas tachaduras, un único párrafo y la firma, su firma.

Cuando las lágrimas dejaron de fluir, leyó: Hija mía, no puedo esperar que me perdones pero te pido que me juzgues con piedad. Fui víctima de mis mayores y sus rencores y no pude ni supe romper la cadena. Te amé desde antes de poder abrazarte y te entregué a un destino vacío porque estaba llena de miedos aprendidos. Ahora que me cuidas con tanta delicadeza quisiera decirte que siempre te quise más que a nadie y que reniego de mi incapacidad para demostrártelo. Espero que esta carta, que entregaré